

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 8 de Agosto

Núm. 6

Año XII. No. 550

SUMARIO

Federico Amiel: un estudio sobre la timidez	Gregorio Marañón	Un discurso en León	José Ortega y Gasset
Strawinsky y la universalidad	Adolfo Salazar	Hablando con el Dr. Marañón	
La carreta	A. Guevara Centeno	Filiación poética de Jaime Torres Bodet	Jorge Carreja Andrade
Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua	T. Esquivel Obregón	La nueva poesía chilena	Alberto Guillén
Défensa de Spinoza	Persiles	¿Qué hay de nuevo?	Juan del Camino

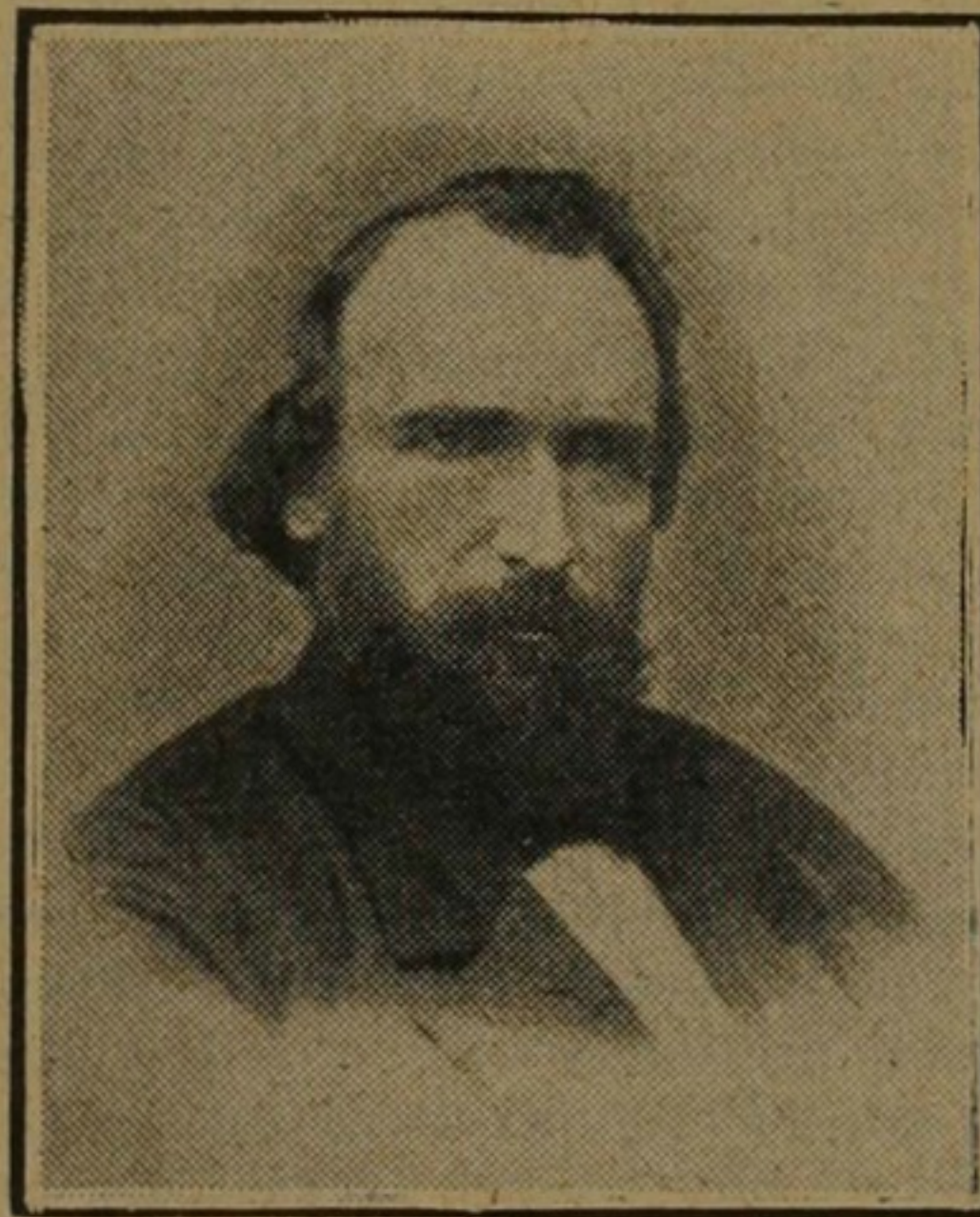
Federico Amiel: Un estudio sobre la timidez

Texto taquigráfico de la conferencia del Dr. don Gregorio Marañón en la Residencia de Estudiantes sobre la evolución del instinto sexual en los tímidos

= De *El Sol*, Madrid =

Muchas veces nos ha ocurrido a todos, al llegar a una ciudad lejana y desconocida, que después de haber leído su historia, es decir, su vida externa y oficial, ignoramos del todo lo que quizá nos interesaría más a quienes amamos de la vida no su superficie agitada, sino el curso profundo que no está descrito en ningún libro, y donde sin embargo, funda sus raíces. Algo parecido nos sucede cuando tratamos de descubrir el alma humana al través de la vida de los hombres. Leemos para lograrlo la vida de los príncipes, de los héroes y de los genios, esto es, de los llamados hombres representativos, que, precisamente por serlo, no representan sino cimas agudas de la especie. Son valores complementarios, pero no arquetípicos de la Humanidad oscura, que silenciosamente hace marchar al mundo. En cambio, alguna vez cae en nuestras manos la biografía o el diario de un hombre que fue como todos los demás, un hombre no representativo; por ejemplo, el caso de un simple pedagogo de Suiza, país de pedagogos, que pasó su vida sin pena ni gloria, y a quien sus contemporáneos le tuvieron por un ser vulgar, llegando incluso a decir que era un cretino. Y allí saben muy bien lo que esta palabra significa. Para sus alumnos era ese tipo del profesor que servía de blanco en las horas mortales del estudio. Publicó versos y artículos, reconocidamente mediocres. Tuvo varios amores de un platonismo de solterón de casa de huéspedes, y al fin, murió como cualquiera, tras una larga temporada de toses y de ahogos, rodeado de pócimas y asistido por unas cuantas mujeres afectuosas.

Federico Amiel.—Pero he aquí que este hombre, que se llamaba Federico Amiel, había escrito día por día un diario, que alcanzó 16,000 páginas, en el que no tuvo ocasión de anotar nada heroico, nada extraordinario, sino los mismos incidentes grises que llenan la vida de cualquiera, sus



Federico Amiel

discretas ambiciones, la fluctuación de su espíritu ante las horas y las estaciones, las miserias de su organismo, las tempestades en el vaso de agua de su instinto, iguales, a las de todos los demás hombres; nada, en suma. Pero en su insignificancia estriba, sin embargo, la ventana anónima de la calle estrecha que nos enseña un interior mediocre, pero llena de gentes perfectamente humanas, y ahí está la más poderosa razón del interés de su diario. Amiel es un simple fenómeno de las variedades psíquico-temperamentales más interesantes dentro del sexo masculino. Es también una de las más desconocidas, porque suelen tenerse ocultas cuidadosamente, como una desgracia o como una vergüenza. Es un caso trágico de timidez. El interés de esta vida atormentada reside en que muchos varones ven retratadas en ella sus mismas angustias, y muchas mujeres encuentran también la explicación y, por lo tanto, la conciencia de la actitud del hombre que pasó por su

lado y en lugar de quedarse con ella se alejó.

Mis observaciones sobre la timidez me han hecho conocer que bajo estos rótulos se esconden estados producidos por mecanismos muy diversos y aún antagónicos. Algunas palabras sobre este punto nos harán comprender bien la ejemplaridad del caso de Amiel.

La timidez del hombre, enfermedad del instinto.—En muchos casos, la timidez del hombre—enfermedad del instinto que nunca padece la mujer—se debe a la conciencia de una inferioridad, en ocasiones infundada; pero frente a todos estos casos en los que la timidez se edifica sobre cimientos imaginarios o reales de inferioridad hay otro grupo de tímidos mucho menos conocido, en los que el miedo a amar se debe, por el contrario, a una sensación de superioridad del instinto, a una diferenciación del mismo. Su actitud es exactamente la inversa que la de los tímidos antes considerados. Éstos, los inferiores, consideran el amor como fortaleza inexpugnable. Aquéllos, los tímidos superiores, lo consideran como jardín abierto, al que un escrúpulo del instinto, un sentimiento de infinita delicadeza, les impide entrar.

Amiel pertenece a esta categoría de tímidos superiores. ¿Cómo en efecto, dos actitudes opuestas, los dos extremos de una gradación del instinto, la conciencia de la propia inferioridad y la conciencia o la subconciencia de la propia elevación, pueden conducir a un mismo resultado y por el mismo mecanismo? Ya otras veces he expuesto al detalle cómo el funcionamiento del instinto sexual es una resultante no sólo de la propia capacidad, sino de la diferenciación del objeto. El amor, salvo en los animales inferiores, hermafroditas, requiere siempre una pareja. Es, pues, preciso contar siempre con ella para explicarnos el resultado. Varios hombres pueden tener absolutamente la misma capacidad, que pu-